

## LA CREACIÓN DEL MUSEO ARQUEOLÓGICO

Tampoco puede extrañarnos mucho esta situación. En realidad lo que se encontraba en el museo de Provincial de Bellas Artes era una sección de arqueología, no un museo arqueológico como institución y vida propia. Los museos provinciales, como es bien conocido, eran consecuencia de la desamortización de 1836, en un proceso que pretendía ante todo salvaguardar el rico patrimonio religioso, el cual se materializaba esencialmente en las pinturas. En la década de 1860 comienza a gestarse el proyecto de hacer un gran museo nacional de arqueología, centralizado en Madrid, y paralelamente —dado el sentimiento general de la necesidad de este tipo de instituciones—, la intención de crear un museo arqueológico en cada provincia.

Así pues, por real decreto de 20 de marzo de 1867, se creaba el Museo de Antigüedades, con sede en Madrid. A la par se daba vía libre a una red de museos en todas las capitales de provincia, pues en aquel mismo decreto se creaban, donde no los hubiese, museos arqueológicos provinciales, ubicados de momento en la biblioteca pública o en el archivo histórico. La revolución de 1868 vino a retrasar el proceso iniciado para los museos arqueológicos. El nacional de Madrid no se inauguraría de forma provisional hasta 1871. Los demás tardarían más de diez años en hacerse efectivos.

En Sevilla hay noticias de que, pasados los tiempos revueltos, en 1875 se comienza a adecuar el claustro del ex convento de la Merced para museo arqueológico, siendo el arquitecto encargado de la reforma D. Demetrio de los Ríos. Las obras estaban terminadas en 1879 y se nombró entonces primer director a Manuel Campos y Munilla, el cual se haría cargo de los 335 objetos que le transmitía la Comisión de Monumentos el 12 de marzo de 1880, año de su inauguración.

## LA NUEVA INSTALACIÓN

La instalación había consistido en el cerramiento de los arcos que daban al patio con cristalerías y en la colocación de estanterías y vitrinas. El museo constaba de cuatro salas: la primera para estatuaría, la segunda para arquitectura, la tercera para monumentos epigráficos, y la cuarta para cerámica. Ya que el museo ha permanecido en este lugar hasta casi la mitad del siglo XX, existen imágenes de él que nos dan una idea clara de su disposición.

De las cuatro salas la que más fue fotografiada fue la de esculturas. En ella y sobre estante o podio corrido fueron colocadas las mejores piezas de que se disponía. Hacia la mitad de la sala encontramos a nuestro Hermes, aún sin identificar, pues le faltan las dos piernas. En la serie de fotografías que se conservan se aprecia siempre alguna diferencia, lo que indica que las esculturas se iban cambiando de sitio, no sabemos con qué criterio. Diferencia significativa fue la instalación de la gran estatua de Diana en el cabecero de la sala, pieza aparecida

en 1900. En el lado opuesto a la Diana encontramos otra escultura conocida por haber pertenecido a la colección de Bruna, el emperador deificado, rincón del que Eugenio Hermoso hizo la conocida acuarela, por haber sido publicada en varias ocasiones, y que se encuentra actualmente en el despacho de dirección del museo arqueológico.

La otra nave de la que tenemos documentación era la de epigrafía y en ella se amontonaban todo tipo de lápidas, junto a otros restos arquitectónicos, también todo dispuesto siguiendo la línea de la pared, como podemos apreciar por las fotografías.

## EL TRASLADO DEL MUSEO AL PARQUE

El museo permaneció así hasta los años cuarenta. Ya durante la República se había pensado en buscar una mejor ubicación, tanto para este museo como para el arqueológico municipal, pero no se pudo concretar hasta que no terminó la contienda. El autor del proyecto va a ser Joaquín María de Navascués, Inspector de Museos desde 1940, el cual se propuso “*acabar de una vez con la sórdida presentación de antigüedades*” según sus propias palabras. Por ello acomete proyectos de reforma en diferentes museos. En Andalucía proyectó el Arqueológico de Córdoba y el de Sevilla.

En esta ciudad se buscó un edificio adecuado que estuviese sin uso y el municipio ofreció el Pabellón de Bellas Artes de la Exposición del 29, el cual poco tiempo atrás había servido de hospital de las tropas italianas<sup>11</sup> y no tenía decidido su futuro. El viejo pabellón pareció bien a todos los interesados. Aquí se podía desplegar todo un nuevo discurso museológico, puesto que había espacio suficiente, cosa que era imposible en el edificio anterior.

Por acuerdo municipal de diciembre de 1941 se cedió el edificio al Ministerio de Educación Nacional, iniciándose las obras de adecuación en 1942, a cargo del arquitecto Félix Hernández Giménez<sup>12</sup>. En el nuevo museo los trabajos fueron intensos y supongo que entusiastas pues en cierta forma se estaba ensayando un tipo de museografía que era insólita en estas tierras. En primer lugar, como se huía de la museografía de acumulación precedente, se hizo una gran selección de piezas, pasando el resto —por primera vez— al almacén. Las salas habrían de ser lo más limpias posible, con muy pocos elementos, como podemos apreciar en las fotografías de la primigenia instalación. Incluso para las vitrinas se elige el sistema de “escaparate”, sistema en el que menos protagonismo tiene el mueble-soporte. También se estudió concienzudamente cómo colocar la escultura, ensayando por medio de montajes hechos con dibujos a tamaño natural de la mano del nuevo

<sup>11</sup> F. Fernández Gómez, “Pabellón de Bellas Artes de la Exposición Iberoamericana de 1929. Museo Arqueológico Provincial de Sevilla”, en *Aparejadores*, nº 24, Sevilla, Diciembre 1987.

<sup>12</sup> La inauguración tuvo lugar en 1945 y en aquel momento se abrieron al público ocho salas más los despachos y biblioteca.

director del museo, Juan Lafita. El discurso museológico<sup>13</sup> de la parte romana, es decir casi todo el museo, estaba a dedicado a Itálica. Y de lo italicense, el desarrollo se estructuró en torno a la estatuaria, pues cada sala estaba presidida por una gran escultura, Venus, Diana... En el centro del recorrido se hallaba la escultura de Hermes, colocada sobre pedestal, ya con la pierna recuperada y con la otra añadida de escayola, con muy pocos elementos a su alrededor lo que permitía rodearla y poder así contemplarla en todo su esplendor.

Desde entonces está en su sala esta magnífica escultura de Mercurio que nos ha servido de excusa en esta charla para ver, sucintamente, la trayectoria de una colección pública que ha tenido su desarrollo en un amplio arco que va desde el siglo XVIII a nuestros días.



Fig. 1. Mercurio de Itálica en su instalación de los años cuarenta (Memorias de los Museos Arqueológicos Provinciales 1945 [Extractos], Madrid, 1946, Lám. XLVII).

<sup>13</sup> Pasados los años, Joaquín María de Navascués, en el discurso de ingreso en la Real Academia de Bellas Artes que tituló "Aportaciones a la Museografía Española" (Madrid, 1959), ofreció un amplio resumen de todas sus actuaciones y entre ellas todo lo ejecutado en Sevilla.



Fig. 2. "Salón de las estatuas" en el Palacio Gótico del Alcázar de Sevilla (tarjeta postal).

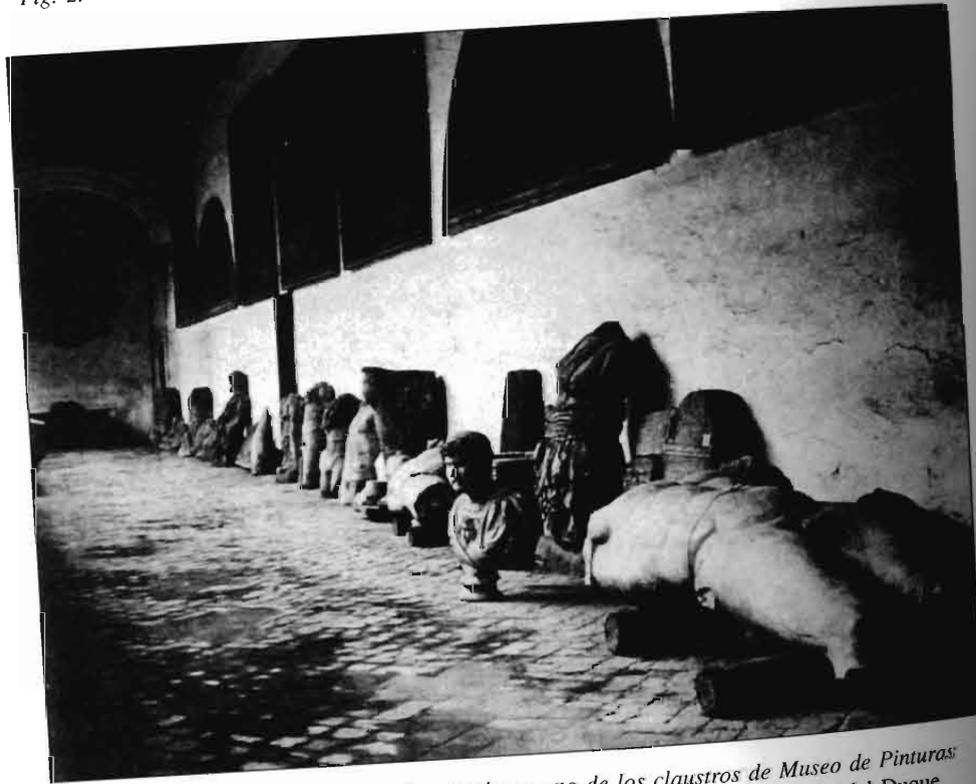


Fig. 3. La colección de Bruna depositada en uno de los claustros de Museo de Pinturas tras el traslado de 1855 (Imágenes de la Sevilla del siglo XIX. Colección del Duque de Segorbe, Barcelona, ABC, p. 85).



Fig. 4. Vista de la sala de escultura del Museo Arqueológico en su emplazamiento en el ex convento de la Merced. Fotografía posterior a 1900 (tarjeta postal).



Fig. 5. Detalle de la exposición en la sala de esculturas del museo. En el centro el Hermes antes de reponerle las piernas (colección fotográfica de Jorge Bonsor, CD-Rom, Consejería de Cultura, 2001, Foto 7807).



Fig. 6. Otra vista de la misma sala, tomada desde el extremo de la escultura de Diana (De una fotografía estereoscópica de comienzos de siglo).

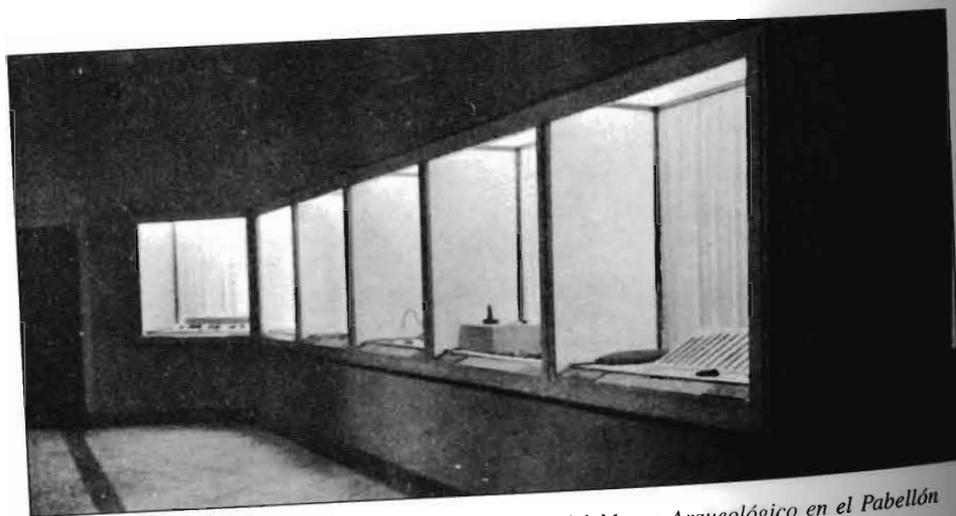


Fig. 7. Instalación —modélica en su momento— del Museo Arqueológico en el Pabellón de Bellas Artes del Parque de María Luisa, Sevilla. Vitrinas de escaparate (Memorias de los Museos Arqueológicos Provinciales 1945 [Extractos], Madrid, 1946, Lám. XXXVIII, 3).



Fig. 8. Montaje de J. M. de Navascués de la sala del Hermes en el Pabellón de Bellas Artes (Memorias de los Museos Arqueológicos Provinciales 1945 [Extractos], Madrid, 1946, Lám. XLII).